





EL PÁJARO  
DE LA LÁGRIMA AZUL



María Cucurella Miquel

EL PÁJARO  
DE LA LÁGRIMA AZUL





Primera edición: diciembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Cucurella Miquel

© Anna Miquel: imagen de portada

ISBN: 978-84-18097-28-7

ISBN digital: 978-84-18097-29-4

Depósito legal: M-38050-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



*A mi madre  
y a todas aquellas personas sin las cuales  
este pájaro nunca habría podido emprender el vuelo*



*Ones de vent colpegen el teu rostre,  
ones de temps t'allunyen de l'origen,  
ones de mort t'inunden la memòria.*

*El mar t'espera sempre.*

CARLES DUARTE I MONTSERRAT

*The dream of silence is music.*

JOHN O' DONOHUE



## ÍNDICE

I. LA MÚSICA Y EL MAR .....	13
II. EL PÁJARO .....	29
III. LA BELLEZA DEL DOLOR.....	53
IV. SEPARACIÓN .....	79
V. SOMBRAS DEL MUNDO .....	107
VI. LA REALIDAD DE LOS SUEÑOS.....	133
VII. LA LUZ DE LA MUERTE .....	161
EPÍLOGO .....	183



# I

## LA MÚSICA Y EL MAR

### 1

Un silencio blanco se extiende sobre las aguas del océano. En este momento, Ana, que mira desde una roca la línea del horizonte, deja caer una piedra sobre su superficie. La piedra rasga el agua y se adentra en sus profundidades, cayendo lentamente, más allá de cualquier mirada, para posarse sobre la arena del fondo. Es difícil saber si hay peces. Desde donde está ella, se ven ya tan solo los anillos que se han extendido lentamente, pues hoy el mar está sorprendentemente tranquilo. Es tarde. Sus padres estarán preocupados por su tardanza. Pero no quiere regresar a casa. La discusión con su padre y las lágrimas de su madre le han dejado un sabor amargo en la boca.

Ha salido sin un rumbo preciso. Solamente después de caminar durante horas ha llegado hasta este lugar recóndito al que recuerda haber venido cuando era niña, con su abuelo materno. Hoy este lugar le parece al mismo tiempo familiar y extraño. Se siente lejos de todos, pero también más cerca. Y aunque la visión del mar le da una sensación de quietud y de serenidad, hay algo estremecedor en el movimiento incesante de las olas.

No está segura de conocer el camino de regreso. Pero no importa. Algo la ha traído hasta aquí y le dice que debe permanecer

todavía sobre esta roca apartada, escuchando el rumor del oleaje y sintiendo la soledad de los últimos rayos. Permanece así todavía durante largo rato, contemplando absorta la luz del atardecer e hipnotizada por los reflejos del sol, que parecen estrellas minúsculas atravesando la superficie marina.

Recuerda aquellos tiempos en que salía a navegar en barca con sus abuelos, y cómo al regresar al pueblo permanecía siempre en la proa, encogida, cantando en voz baja alguna de las canciones que había aprendido de su madre, mientras el agua se teñía de dorado. El mar ejercía un poderoso magnetismo sobre ella. La llamaba. Y, al mirarlo, ella se sentía atraída hacia un centro invisible.

Su espíritu rebelde se justifica por la búsqueda de autenticidad: superar el miedo a la soledad y enfrentarse a la grandeza del mar y de los elementos le hace sentirse responsable de su propia vida. Ninguna autoridad externa puede decirle lo que tiene que hacer. Solo la escucha atenta a los rumores de una naturaleza que empieza a mostrarse inhóspita, parece poder indicarle el siguiente paso a seguir. Y lentamente el sol se oculta por detrás de las rocas cada vez más ennegrecidas, dando paso a la oscuridad.

## 2

Pasa la noche a la intemperie, acurrucada sobre la roca, sintiendo el calor que la piedra ha absorbido durante el día, y se despierta con los primeros rayos de sol, temblando de frío. Al abrir los ojos vislumbra una extraña silueta allá abajo, en la pequeña playa situada bajo la roca en la que yace ella. Parece un hombre anciano, aunque su modo de moverse delata un cuerpo que debió de ser atlético durante la juventud. Los cabellos negros cubren un rostro pálido a pesar de la exposición al sol, y su presencia desprende una suerte de calma luminosa.

Ana lo ve recortado sobre la luz del amanecer, paseando junto a la orilla de la playa con aire pensativo. De vez en cuando gesticula abriendo y cerrando los brazos, en un gesto que le resulta familiar,

aunque no lo ha visto nunca antes. Le entran ganas de aproximarse a este desconocido. ¿Y si desciende hasta la playa para verlo de cerca? El corazón le late con fuerza. Aun así, se levanta lentamente y se dirige con cautela hacia la playa donde se encuentra el anciano, totalmente absorto, mientras camina de un lado a otro, al ritmo del oleaje. No parece darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Pero es tan solo una apariencia. En el momento en que la niña se aproxima, él la mira con ojos penetrantes, como si pudiera traspasarla con su mirada. Ana se detiene sin saber muy bien qué hacer. El anciano aparta de nuevo la mirada y continúa caminando de un lado a otro, pero sigue con atención los movimientos de Ana. Ella se aproxima y permanece a una distancia prudencial. El anciano se para de nuevo, y mira en dirección donde ella está.

—¡Hola! —le dice alzando el brazo.

—Hola —contesta la niña con timidez.

Es una playa de arena y está llena de dunas. Ana lleva un fular amarillo que se agita con el viento de mar. Es realmente temprano. El anciano da algunos pasos en dirección a la niña, y la niña, algo más confiada, se acerca lentamente al anciano, que le tiende una mano arrugada pero firme.

—Soy Óscar.

Ana lo mira con sus ojos verdes. Los del anciano son negros y profundos, como el fondo de un pozo en cuyo interior quedasen restos de agua. A ratos le parecen amarillos. Titubea antes de decir su nombre.

—Soy Ana.

Permanecen un rato mirándose, reconociéndose. ¿Tal vez se hayan cruzado en alguna otra ocasión? Imposible. Ana se acordaría sin duda de él. El anciano sonríe.

—¿Qué haces aquí?

Ana lo mira asustada. Por unos instantes se había olvidado de la discusión de la tarde anterior, de la huida de casa de sus padres, del hecho de que ahora no es más que una niña extraviada. De pronto imagina a su madre despierta, junto a la ventana. Siente

una punzada en la boca del estómago. Sus ojos verde esmeralda se humedecen.

—Ana —le dice entonces el anciano en un tono familiar—, ven conmigo, nos tomamos un café y charlamos un rato, ¿qué te parece?

La niña no piensa en las advertencias de sus padres; a pesar de lo insólito de la situación, este hombre le inspira confianza.

El sol ha empezado a teñir lentamente las aguas de rojo. El mar ha amanecido sorprendentemente en calma y el agua está tan lisa que puede incluso vislumbrarse fugazmente algún pez cuando salta. Empiezan a caminar con el sol a sus espaldas.

### 3

Llegan a una cafetería en la que hay un par de mesillas con manteles a cuadros rojos y blancos, desde donde se puede ver el mar. Abren siempre temprano, porque los pescadores suelen ir a tomarse sus primeros carajillos antes de salir a pescar. Óscar no parece haber sido pescador, aunque, por sus gestos y su expresión, podría estar familiarizado con el mar. Tiene algo elegante en su manera de moverse.

El viejo no pregunta. Se limita a acompañarla con un gesto amable, invitándola a sentarse en una de las sillas.

—¿Tú tomas café?

—Ana se sonroja. En realidad, sus padres no se lo permiten. Pero hoy es libre de hacer lo que quiera.

—Quiero un café con leche —dice con una sonrisa pícaro, que se dibuja en un rostro cubierto de pecas minúsculas.

—Bien.

Óscar entra en la panadería y sale al cabo de poco con dos cafés con leche y dos *croissants*.

—Con el estómago lleno se piensa mejor.

Ana tiene el cabello castaño claro con algunos reflejos rojizos. Mientras se dispone a mojar el *croissant* en el café con leche, Óscar pregunta:

—¿Vives en este pueblo? Nunca te había visto.

Ana desvía la mirada hacia el suelo.

—En realidad, no.

Permanecen unos segundos callados. Sopla una brisa suave, todavía fresca, que llega desde la playa y trae consigo un fuerte olor a sal.

—Me he escapado.

Óscar la vuelve a mirar con sus ojos penetrantes y una media sonrisa. Para sorpresa de Ana, no parece enfadado o perplejo.

—Yo me escapaba de casa de mis abuelos a menudo, cuando tenía tu edad. Pero en vez de irme a ver el mar o a buscar aventuras, hacía otra cosa.

Ana no se esperaba una respuesta así.

—¿Y a dónde ibas?

—A una cafetería del pueblo, donde viví la mayor parte de mi infancia y de mi adolescencia. Entré por primera vez un día en que había decidido tomar un camino diferente al regresar de la escuela. Al pasar por delante, escuché a lo lejos unas notas suaves que llamaron mi atención. Me detuve y vi a un hombre inclinado frente al piano. En mi casa no se escuchaba música porque mi abuelo decía que era una pérdida de tiempo.

—¿Vivías con tus abuelos?

—Sí. A mi abuela alguna vez la había oído tararear alguna melodía, pero era la primera vez que escuchaba un piano en vivo, y quedé absolutamente cautivado por aquel sonido —Ana lo mira con asombro. El anciano prosigue—. Desde que lo escuché, no pude quitármelo de la cabeza. Cada día tomaba un camino más largo para poder acercarme hasta allí. Me quedaba escondido al lado de la puerta para que el hombre no se diera cuenta de que lo estaba escuchando. Me gustaba participar en silencio de aquel momento tan íntimo. Y así lo hice durante semanas, hasta que un día me descubrió.

—¿Y se enfadó contigo?

—¡No! Me invitó a entrar, me hizo sentarme delante del piano y me dijo: «toca».

—¿Cuántos años tenías?

—Debía de tener unos nueve años, aunque no recuerdo exactamente la edad. Pero es lo de menos. El caso es que empecé a tocar y...

—¡Y sonaba de maravilla!

—¡Qué va! Sonaba terrible... el dueño de la cafetería se rio y me dijo: «parece un elefante caminando sobre un campo de amapolas». Así que me levanté algo decepcionado y me fui. Pasaron unos meses y me olvidé de aquel asunto del piano. Además, mi abuela se había enfadado conmigo porque llegaba tarde a casa demasiado a menudo. Pero recuerdo una tarde de mayo. Estaba en mi habitación, y me llegó desde la calle el sonido de un acordeón. Aquella música me arrancó de mis obligaciones y me hizo recordar el viejo piano. Mis abuelos estaban fuera y no regresaban hasta por la noche. Así que decidí salir. Empecé a tararear de memoria una de las canciones que le había oído tocar al dueño durante semanas, y salí corriendo. Estaba eufórico. Pasé corriendo por delante del acordeonista y le lancé una moneda. Me metí por un callejón, llegué hasta el paseo principal y crucé el río. La cafetería no estaba lejos de allí. Poco antes de llegar, escuché el sonido del piano y me detuve.

Ana lo mira con sus inmensos ojos abiertos, sin poder dar crédito a lo que escucha. Óscar sonríe. A ratos sus ojos negros se pierden en el horizonte, como si pudiera visualizar las escenas que describe; después vuelve a dirigirse a Ana con ternura.

—Al entrar en la cafetería, él se acordaba perfectamente de mí. «Pero, ¿dónde habías estado?», me dijo. Y yo no respondí. Me lo quedé mirando entre enfadado y ansioso, porque anhelaba volver a sentarme frente a aquel instrumento demasiado grande para mí que me recordaba una nave espacial.

—¿Una nave espacial?

—¡Sí! El simple hecho de sentarme frente a las teclas blancas y negras me hacía pensar en una nave espacial, no sé por qué.

Ana baja la mirada.

—Es que nunca he visto un piano.

—¿Nunca has visto un piano? ¡No puede ser!

A Óscar se le enciende repentinamente el rostro y sus ojos negros parecen más claros, como si un sol que hasta entonces hubiera permanecido escondido detrás de las ramas de un árbol se hubiera abierto paso entre las hojas enfocando directamente su cara.

—¡Ven! ¡Vamos!

—Óscar se levanta de pronto, como poseído. Ana sonríe, y también sus pupilas brillan durante unos segundos. Pero enseguida baja de nuevo la mirada.

—No puedo.

Óscar recupera su tono sereno de antes.

—Mira, ¿qué te parece si llamamos a tus padres, les cuentas que estás bien, que estás conmigo, y que yo te acompañaré a casa en un rato?

#### 4

Al colgar el teléfono, Teresa dirige la mirada hacia la playa que se ve desde la ventana de la cocina. Se le escapan algunas lágrimas al liberarse de la tensión vivida en las últimas horas. Miguel todavía no ha llegado. Lo llama enseguida. No es necesario seguir buscando, ella está bien. «¡Siempre dejas que tu hija haga lo que quiera!», le dice. Pero saber que la han encontrado lo tranquiliza. Tras hablar con la policía para comunicarles la noticia, Teresa decide darse una ducha. Se siente más tranquila. «Óscar Wildstein», piensa. ¿Dónde ha escuchado este nombre?

Después de la ducha y un tercer café (no ha pegado ojo en toda la noche), decide *googlearlo*: Óscar Wildstein. Enseguida le aparece una entrada en la Wikipedia: «Compositor, director de orquesta y pianista de fama internacional. Nacido en 1937 en Rupit, a los quince años decide abandonar su pueblo natal para ir a cursar estudios de música en el Conservatorio Superior de Música de Surís. Pocos años después, aconsejado por el reconocido maestro Anto-

nio Confin Martínez, decide ampliar sus estudios en Viena, donde cursa la especialidad en composición y dirección de orquesta. Con un debut como director en la Orquesta Municipal de Barcelona a la edad de 23 años, ha dirigido desde entonces orquestas en algunos de los teatros de mayor prestigio internacional. A la edad de 25 años publica un primer álbum de composiciones propias para piano titulado *Soledades y otras canciones*, y diez años más tarde publicará el que se convertiría en Disco de Oro del 72, *Mar y montaña. Tempestades para piano*.

Teresa escucha el sonido del coche en el jardín. Es Miguel. Ha pasado toda la noche en vela buscando a su hija y está encolerizado. Teresa lo nota enseguida, en el momento en que lo ve cruzar el umbral de la puerta.

—Pero, ¡cómo puedes haberlo permitido! Ya te he dicho que tu hija es una mimada, y tú no ayudas a que mejore. ¡Y encima hija única! Si al menos hubieras sido más responsable con tú único hijo...

Teresa no puede soportar estas palabras, pero no quiere discutir. Se le tensan los músculos de la cara. Un viento de mar inesperado que llega desde la playa agita violentamente las cortinas. La falta de sueño y el exceso de café no ayudan. Teresa se acerca lentamente a la puerta. Miguel está de pie, erguido, con la mirada encendida por el rencor y la ira. Como un soldado esperando en el umbral. La puerta todavía abierta deja ver la calle vacía en el exterior. Se nota a un metro de distancia que ha bebido. Teresa lo mira fijamente a los ojos. Ha llegado al límite. Con los músculos de la cara aún temblorosos alza rápidamente la mano y la deja caer con un golpe seco en la mejilla mal afeitada de su marido. Suena como suena una palmada de flamenco: el golpe es veloz y preciso. Miguel no reacciona. Se limita a llevarse la mano derecha a la mejilla, mirando a su mujer con una mezcla de rabia e impotencia. Teresa cruza el umbral de la puerta. Se detiene un momento antes de salir. Se dan la espalda

mutuamente. Con la voz tan firme como la mano con que ha golpeado la mejilla que en otro tiempo habría acariciado, afirma:

—Nunca más vuelvas a hablarme así.

La frase suena autoritaria. Teresa no se reconoce a sí misma. Permanece aún unos segundos sin pronunciar palabra, mientras Miguel la mira, desconcertado. Luego cruza serenamente el pequeño jardín y sale con paso seguro al exterior.

## 5

Óscar y Ana caminan por las calles del pueblo. En los balcones de algunas ventanas hay geranios rojos y blancos. De lejos sus siluetas difícilmente pasan desapercibidas. Él, alto y delgado pero fuerte y ágil. Ella, pequeña, también esculpida y veloz, cabello largo y claro, con reflejos rojizos. Caminan como si se conocieran de toda la vida y conversan con animación. De vez en cuando se percibe el olor del pan recién hecho. El mar queda a sus espaldas, y poco a poco el sol va ganando en altura. El amanecer empieza a quedar definitivamente atrás.

La casa de Óscar está situada en la parte alta del pueblo, en una zona rodeada de pinos y campos de olivo, entre los que destacan, por su color marrón grisáceo inconfundible, pedazos de pared seca. Huele a fresco y se escucha el rumor blando de la pinaza bajo sus pies al entrar en el jardín. Ana lleva unas viejas sandalias, y a ratos la pinaza le pincha en la planta del pie. Pero no dice nada.

La casa es de piedra, de pizarra. No es una casa ostentosa, pero sí muy bonita. Desde fuera se ve muy bien integrada en el paisaje. En el interior, las paredes blancas y la ausencia de muchos muebles llaman la atención de Ana, que está acostumbrada a la casa repleta de objetos inútiles de sus padres. Desde el pequeño salón, en el que hay también una chimenea, se puede ver el mar a lo lejos. El viento se ha levantado, y ahora una ligera tramontana traza picos afilados sobre la punta de las olas. Es un día claro.

Ana tarda en darse cuenta de que el extraño objeto redondeado que está en la parte derecha del salón es un majestuoso piano. Naturalmente, lo ha visto alguna vez por la tele o en Youtube, pero en vivo le parece por completo distinto. Además, el blanco hace que se confunda con la pared y pase prácticamente desapercibido. Se queda contemplando en silencio la estancia, que es luminosa y transparente.

Óscar la invita a entrar y a sentarse en uno de los sofás, también blancos, que están frente a la ventana. Abre el piano y, en el momento en que se sienta, Ana se da cuenta de que su nariz es especialmente afilada y aguileña. Tiene un hermoso perfil de pájaro. Permanece en silencio frente al piano, como si estuviera a punto de desplegar las alas y emprender el vuelo. Pasan más de diez segundos. Solo entonces empieza a acariciar las teclas con las yemas de sus dedos, entonando una melodía suave, casi imperceptible. Ana no la había oído nunca, pero le gusta. Mira el movimiento de las olas en el exterior, y le parece como si se estuvieran moviendo al son de la música. En realidad, el sonido que emiten las teclas es mínimo, pues Óscar las toca con mucha suavidad, pero parece que todo, el movimiento del mar, el viento que agita la ropa tendida en el exterior, el balancearse suave de las ramas de los olivos que dejan entrever el dorso plateado de las hojas... todo parece moverse al unísono.

De pronto, Ana se da cuenta de que hay un viejo espejo apoyado en el suelo, junto a la chimenea, desde el que puede verse a sí misma, algo difuminada porque su superficie está desgastada por la antigüedad. Se ve como un espectro, o un fantasma. Pero enseguida vuelve a dirigir la mirada hacia las manos de Óscar, que ahora ejecutan las últimas notas de esta pieza breve, pero sorprendentemente intensa. Y al finalizar alza las manos como un bailarín y las apoya en su regazo. Ana teme romper el silencio.

Teresa ha caminado durante largo rato. Todavía no da crédito a lo que ha sucedido, pero se siente bien. Acuden algunos recuerdos a su mente. El pequeño Salvador en sus brazos, poco después de nacer; su olor, su mirada todavía ciega que buscaba un contacto con el mundo circundante, sus manitas minúsculas que se aferraban a sus dedos. Ana reaccionó bien a su nacimiento. No parecía sentir celos. Lo observaba desde la barandilla de la cuna durante horas, como si pudiera descifrar a través de su observación algún misterioso enigma.

Teresa mira hacia los acantilados mientras todos estos recuerdos, que la acompañan siempre, irrumpen ahora con mayor intensidad. Siente un dolor agudo en el pecho. Camina bordeando la costa. Le relaja observar el movimiento de las olas, a veces furiosas, que estallan contra las rocas. Son como explosiones de vida. Se pregunta qué será de su hija en este momento, cómo será su acompañante, cómo se habrán conocido. Le parece increíble todo lo ocurrido en las últimas horas. Se fija en un velero que se desplaza lentamente en el horizonte. Recuerda aquel año a bordo del Capitán Ahab, cuando, poco tiempo después de conocerse, Miguel y ella habían decidido lanzarse a la aventura. Hasta que llegó Ana y todo cambió. Habían pensado en educarla en alta mar, pero hubiera sido demasiado difícil para ella. Y decidieron instalarse en el Port de la Selva, el pequeño pueblo donde todavía viven. Desde aquí, pueden seguir realizando viajes, pero sin privar a Ana de la escuela y del contacto con otros niños de su edad.

Mira hacia la playa donde juegan a salpicarse unos niños, y siente como un vértigo, o un mareo. Quizá ha sido demasiado dura con Miguel. Pero no. No puede pasarse toda la vida culpándola por lo ocurrido. Ha sido justa. Mira el reloj y se da cuenta de que lleva fuera más rato del que pensaba.

Cuando Óscar y Ana llaman a la puerta, Teresa está comprobando que el horno esté suficientemente caliente para meter el pescado dentro. Se estremece al escuchar el timbre. Miguel está sentado frente al televisor apagado, leyendo el periódico. Intercambian una mirada rápida y ansiosa.

—¿Vas tú? —dice Teresa, muy seria.

Miguel se levanta del sofá refunfuñando mientras Teresa se quita el delantal.

—No te enfades con ella —escucha Miguel que le dice su mujer en el momento en que posa su mano sobre el pomo de la puerta.

Se encuentra con un hombre alto, caballeroso. A su lado Ana sonríe con un gesto entre tímido y astuto, contenta de reencontrar a su padre y sabiéndose protegida de su ira por su nuevo amigo. Óscar le tiende una mano larga, pálida y firme, y Miguel lo mira con cierta desconfianza al principio, pero sintiéndose obligado por pura formalidad a contener su manifiesto enfado.

—Óscar Wildstein.

—Miguel Lidá.

—Encantado.

—El placer es mío. Pasen, por favor.

Óscar se sorprende en una casa abarrotada de objetos y de muebles antiguos que los Lidá han heredado de la abuela materna de Ana. Hay poco espacio, aunque suficiente para una pareja con hija única. Sobre la mesa del salón hay apilados un montón de libros de Historia e Historia del arte, porque Teresa está escribiendo desde hace unos meses su tesis doctoral. Trata sobre el Románico. A Óscar no le cuesta mucho esfuerzo imaginarlo, pero no quiere preguntar para no resultar indiscreto. Entre los libros hay una novela de los años noventa, *La inmortalidad*, de Milan Kundera. Óscar la ha leído. Teresa lo recibe con una sonrisa.

—¡Bienvenidos!

Y corre a estrechar a su hija entre sus brazos, antes de cualquier presentación formal. Solamente más tarde se presenta.

—Soy Teresa.

—Sí, me lo ha dicho Ana esta mañana. Me alegro de conocerla.

—Puede tutearme.

—Me alegro de conocerte, Teresa, Ana es una niña muy despierta.

—¡Pues menudo susto nos ha dado! No hemos pegado ojo en toda la noche.

Miguel los mira de reajo con disgusto. Hay un silencio incómodo.

—Sentaos.

Teresa abre una botella de vino blanco y, mientras los demás se sientan y ella sirve las copas, le pregunta a Ana dónde ha pasado la noche, cómo se han conocido.

—La encontré paseando por las calles de mi pueblo tarde por la noche, y me explicó la situación. Ha dormido en mi casa —miente Óscar para no preocupar a los padres de Ana. Ana lo mira de reajo, cabizbaja.

—¿Y por qué no nos llamaste de inmediato? —dice Miguel, que no puede seguir conteniendo por más tiempo su enfado.

—Es que era muy tarde —responde Ana con un hilo de voz.

Teresa coloca una fuente con ensalada fresca encima de la mesa y unos tomates con anchoas.

—Los tomates son del huerto, ¡están riquísimos! —dice, guiñándole un ojo a su hija.

A lo que Óscar responde:

—También yo tengo un huerto en casa. Es una afición que cultivo desde pequeño, porque mi abuelo tenía un huerto en el jardín.

—¿De dónde eres tú, Óscar? —le pregunta Teresa, disimulando que lo ha leído en la Wikipedia—, si no es indiscreción.

—En realidad, nací en Cadaqués, pero crecí en Rupit, con mis abuelos.

En efecto, tal como sospechaba Teresa, la Wikipedia no dice toda la verdad.

—¿Y tus padres? —pregunta Ana sin pensar demasiado en si la pregunta es adecuada o no. Ya antes habría querido preguntárselo.

Óscar se pone muy serio de golpe.

—Es una historia un poco larga, ¿seguro que queréis oírla?

Todos asienten.

8

«Mi madre era de un pueblo de montaña, y mi padre era pescador, de origen alemán, aunque mis abuelos paternos se trasladaron aquí cuando él era todavía muy pequeño. Mi abuelo materno tenía una carpintería, y mi abuela era maestra de escuela. Mis abuelos paternos vivían en un pueblo del interior, y aunque mi abuelo tenía una industria textil, mi padre, que no se llevaba nada bien con él, decidió marcharse de casa a los 16 años y empezó a vivir de la pesca.

»Mis padres se conocieron porque mi madre vino a pasar unas vacaciones de verano al pueblo donde vivía mi padre, y se enamoró de él y también de su afición por el mar. Aunque nunca tuvo estudios, fue siempre una mujer muy curiosa, y enseguida aprendió todo lo necesario para manejar una barca y, poco tiempo después de conocerse, decidió venir a vivir con él. Mi padre salía todas las mañanas a pescar, y mi madre vendía pescado fresco en la plaza del pueblo. Vivieron así durante algunos años, hasta que llegué yo. En realidad, no estaba previsto; tenían poco dinero y no habían contemplado la posibilidad de tener un hijo. Mi abuelo paterno, al enterarse de mi nacimiento, decidió prestar ayuda económica a mis padres para que pudieran hacerse cargo de mi educación. La relación entre mi padre y mi abuelo había mejorado en los últimos años, aunque se veían poco.

»Todo cambió durante el invierno de 1942. Era una fría mañana de diciembre y el mar estaba bastante agitado. Mi padre se levantó como cada día a las cuatro de la mañana para salir a pescar, y mi madre decidió acompañarlo. No era aconsejable hacerlo porque

habían anunciado tormentas y mal tiempo, pero mi padre estaba empeñado; llevaba una temporada algo malhumorado y taciturno, y no quiso escuchar los consejos de mi madre, que le sugería quedarse en casa a descansar y esperar a que pasase el mal tiempo.

»Al despertarme aquella mañana, la casa estaba vacía. Afuera un fuerte viento agitaba las copas de los árboles y se veía el mar espumeante y verde grisáceo a lo lejos. Estaba precioso. Los relámpagos al otro lado de la ventana eran impresionantes. Tenía tan solo cuatro años, pero lo recuerdo bien. Recuerdo sentarme a la mesa de la cocina y esperar. En casa me sentía protegido. Todavía ardían algunas brasas de la noche anterior en la chimenea. Había un periódico antiguo sobre la mesa del salón. Pasaba el tiempo y la tormenta no cesaba. Nadie venía. Me acurruqué en el sofá del saloncito que comunicaba con la cocina y me quedé dormido.

»Me desperté con el sonido de una sirena de ambulancia y las luces azules de los coches de la policía. Al abrirles la puerta, una mujer policía, a quien había visto otras veces por el pueblo, me abrazó. No dijo nada, pero su expresión manifestaba angustia.

»—¿Y mamá y papá? —debí preguntar.

»La mujer policía me estrechó aún más fuerte entre sus brazos, como queriendo decir con su abrazo: “no te preocupes, niño, está todo bajo control, vas a recibir de otros todo el amor que ya no vas a poder recibir de tus padres”. No hizo en realidad mucha falta que me dijeran nada. “Papá y mamá se han ido, y ya no volverán”. Luego, solamente sé que vinieron mis abuelos maternos y paternos, que hubo llantos, tensiones, discusiones y abrazos, y que al final decidieron que me iría a vivir a Rupit con el abuelo Thomas y la abuela Laura, porque allí estaría mejor, había aire puro, podría ir a la escuela de Vic, que no estaba lejos, y todo volvería a la normalidad».

